

Sentir-nos: pedagogías corporizadas de la coexistencia

María Gabriela López-Yáñez

Centro de Investigación en Memoria, Arte y Sociedad (Quito, Ecuador)

cimas.investigacion@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-0561-942X>

María Paz Saavedra Calderón

Centro de Investigación en Memoria, Arte y Sociedad (Quito, Ecuador)

cimas.investigacion@gmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9611-7582?lang=en>

«Los padres blancos nos dijeron “Pienso, luego existo”.

La madre negra que todas llevamos dentro,

la poeta, nos susurra en nuestros sueños:

“Siento, luego puedo ser libre”.

La poesía acuña el lenguaje con el que expresar

e impulsar esta exigencia revolucionaria,

la puesta en práctica de la libertad».

AUDRE LORDE

Existimos, decimos como una declaración política, y sentimos el aire que entra y sale mientras la panza se infla y se contrae. El aire no nos ahoga; nos permite vivir. Muy cerca, el aire está lleno de gas y asfixia. Por eso sentimos cada una de nuestras respiraciones como una militancia. Las sentimos con el placer cálido en el vientre de habitarnos y con la urgencia de rebelarnos a la invisibilización de los cuerpos en los relatos fríos y lejanos de la política, la historia y la ciencia oficial. Las sentimos también con el dolor de la negación de ciertas existencias, las sentimos con rabia.

Existimos, y nos preguntamos desde esta vida que encarnamos y sentimos latir, cómo construimos pedagogías que se sintonicen a los ritmos de nuestra respiración y de las respiraciones que con dificultad resisten, para que se sostengan en la carne y el contacto. Cómo construimos

espacios que nos permitan estar juntxs atendiendo a nuestras diferencias y explorando sentidos emergentes de lo común.

Existimos entre otros cuerpos: palpables o no, nos habitan. Nuestras vidas se confunden con las suyas. Sus texturas, sonidos, olores y sabores — humanos y más que humanos— nos constituyen. Somos porque han sido en nosotras, y somos un poco más y un poco menos de lo que fueron. Y es que nuestra carne está hecha de encuentros. Por eso decimos que somos seres porosos, sin bordes claros, porque en cada encuentro emerge un mundo y nosotras emergemos con ese mundo.

Existimos aquí y ahora, en este país donde es tan difícil existir. Nombramos el racismo y se escucha una bomba, y el llanto de las personas, y el odio de otras que intentan protegerse del horror. Nuestras vidas laten en medio de un régimen de terror y muerte, y nos preguntamos qué pedagogías pueden parar esta masacre, esta que lleva 500 años.

¿Cómo nacen las violencias?

¿Cómo se reproducen en los cuerpos?

¿Cómo las detenemos?

Sabemos que las violencias son pedagogías que aprendemos y reproducimos, que se inscriben en nuestros cuerpos y entre los cuerpos. Las pedagogías de las violencias nos enseñan formas específicas de transitar por el mundo. Nos enseñan a tener miedo; tanto, que lo negamos todo, incluso a nosotrxs mismxs, como si mirarnos dentro también fuera un riesgo. Las pedagogías de las violencias nos desconectan de nuestros paisajes internos, tentaculares e infinitos, y comenzamos a imponer y obedecer: nos reducimos y fijamos. Construimos jerarquías imaginarias y nos ubicamos en el mundo guiándonos por ellas. Comenzamos a ser casi exclusivamente lo que nos dicen que somos. Nos clasifican por colores, texturas de cabello, lugar de origen, órganos sexuales y formas de hablar, y nos inscriben reglas, roles, estigmas, privilegios, opresiones y exclusiones que determinan nuestro valor en el mundo. En esa rigidez nos sentimos segurxs. Nos olvidamos de que somos posibilidad y potencia de vida, de conexión, contacto y transformación, que nuestra existencia es alquímica y eterna, que el único camino para vivir una vida plena es la transformación y el movimiento constante con lxs otrxs distintos e iguales.

Nos condenan a convertirnos en cuerpos racializados, sexuados y disciplinados. Como bloques macizos y pesados, cómodos o incómodos,

conformes o no, comenzamos a ser lo que nos han dicho que somos. Vivimos en constante riesgo de abandonarnos, de dejar de explorarnos o de asumir nuestras transformaciones y nuestras infinitas posibilidades de ser con el otro.

De estas diferencias inventadas y estériles nacen las violencias. Las que descubrimos que podemos ejercer, y las que son ejercidas sobre nosotros. Estas se quedan en nuestro cuerpo y lo rigidizan. Y muchas veces son nuestros cuerpos macizos los que entran a la clase, confundidos y temerosos, abúlicos, violentadores o violentados.

¿Existen suficientes espacios para cuestionar las violencias que de una u otra forma nos atraviesan?

¿Entendemos que nuestros cuerpos adoctrinados y disciplinados pueden volver a encontrar, explorar y entrenar nuevas formas de existir para que emerjan otros mundos?

¿Cómo se sienten los espacios que nos permiten explorar las violencias y nuestro rol en ellas desde pedagogías corporizadas? ¿Cómo comunicamos la urgencia de entenderlas desde la diversidad radical de cuerpos, algunos atravesados por el miedo y otros sin comprenderlo porque sus vidas no corren peligro? Los *bystanders*, las masculinidades hegemónicas, los cuerpos menos racializados, menos empobrecidos ¿pueden entender en su totalidad las experiencias de violencias que no han vivido? ¿Es esto lo que las pedagogías contra las violencias deben buscar?

Sentimos que no. No buscamos una empatía que sugiere lo imposible: situar a las personas en el lugar de las otras. Proponemos ubicarnos en la complejidad de estar las unas con lxs otrxs. Entendemos que no podemos ser lo que no hemos experimentado. Explorar el *estar con*, en cambio, implica el compromiso absoluto, radical y reiterativo de reconocer que ese otro ser tiene algo que compartir, una forma de estar en el mundo que transforma cómo ese mundo se nos presenta. Implica además dejarnos atravesar por esas violencias que no hemos experimentado en carne propia, y permitir que estas nos afecten, nos incomoden y descoloquen de nuestras seguridades, que nos conmuevan profundamente, en la piel. Y para ello, un paso ineludible es escuchar, palpar, mirar, oler y sentir, sobre todo sentir. Empezando por nosotras mismas, sintiendo nuestras historias encarnadas, las violencias que hemos ejercido y también aquellas que nos han hecho daño.

Escuchar los gritos, aunque duelan, mirar los rostros llenos de sufrimiento, percibir las lágrimas que bajan por nuestras mejillas, oler las bombas y la sangre que dejan a su paso, palpar las heridas, encarnarlo todo, dejar que el dolor de otros y el nuestro propio nos atravesase, así como la culpa de no haber podido evitarlo, de seguir sin poder evitarlo. Solo así tanto y todo se podrá convertir en responsabilidad, entendida como nuestra habilidad para responder, como una invitación sensible a accionar, a no permitir que la abrumadora realidad nos inmovilice hasta el punto de creer que nada podemos hacer frente al exterminio.

Si no sentimos, el mundo pasa sin afectarnos, y nos olvidamos de que somos el mundo y lo creamos. Si no recordamos cómo es sentir, si no dejamos de temerle a sentir, si no nos atrevemos a crear espacios pedagógicos para entrenar el sentir y el sentirnos, abrirnos al dolor nos puede abrumar y paralizarnos, incluso enfermarnos.

Sanamos el peso del mundo que enferma individuos y nos educa para hacernos daño, con entrenamiento sensible en colectivo. Necesitamos abrirnos a la necesidad vital de sostenernos, de sentir lo más cotidianamente posible el cuerpo entre cuerpos, de sentirnos y sintonizar con lxs demás.

Merecemos restaurar nuestra memoria, y mirarnos hacia adentro como una respuesta al silencio, a la negación, a la no reparación, atravesando el miedo. Solo cuando logremos mirarnos tanto y tan profundo que removamos y refresquemos la complejidad de lo que somos, miles de poros se abrirán en nuestra piel y lograremos ser con el mundo desde nuestros Yos descubiertos y explorados. Reivindicamos la esperanza de recuperar el contacto con nuestro cuerpo poroso, ensayar el dejarnos penetrar por la complejidad de realidades nunca antes experimentadas, con respeto, sensibilidad, curiosidad, sostén y atención.

Recuperar el contacto con la porosidad de nuestros cuerpos es una decisión política frente a otra decisión política que lo ha invisibilizado y acallado. Y en ese contacto con el otro, reconocemos lo esencial que es entender desde la carne que no, no todxs somos iguales. Entonces se vuelve esencial escuchar con especial atención a las personas afectadas por las violencias, a los cuerpos que no han podido sanar porque sus historias no han sido reparadas, reconocerlas como sujetas autónomas, con conoci-

mientos, con derecho a decidir las formas de esa reparación. Esto implica asumirnos como comunidades diversas. Implica rechazar la neutralidad y la homogeneización.

Exploramos pedagogías que buscan transformar los vínculos, complejizarlos, *caotizarlos* en toda su belleza. Nos basamos en la escucha activa, la participación, la verdad, el cuidado y la no repetición del daño. Vamos buscando y explorando pedagogías corporizadas que pongan en el centro la complejidad de la interconexión y la certeza de sabernos seres sociales, frágiles y poderosos, interdependientes. Vamos descubriendo entonces también pedagogías porosas, que no pueden aislarse del mundo, de los conflictos, de la vida que se nos mete por todos lados. Vamos aprendiendo de esa complejidad, sintiendo la frustración de no poder aislar los espacios pedagógicos de las violencias, y con la convicción firme de nuestro poder de transformarlas.

Provocamos nuevos tipos de encuentros que posibiliten la sanación en comunidad porque es en comunidad que hemos sido heridas y es la comunidad y sus formas de organizarse las que permiten o no la violencia y la reparación. Nos abrimos también a comunidades más que humanas que nos permitan volver a conectarnos con suavidad y creatividad, con aquello que en un punto sentimos como imposible o inimaginable, permitiendo que emerja lo que necesite emerger desde el juego, el ritual y la exploración situada en nuestras propias historias ricas y complejas.

Convocamos a otros a seres que nos permitan sentir con seguridad, frutas cítricas que nos conecten con el gusto, plantitas medicinales que acaricien con ternura nuestros vientres, colores sutiles y sanadores que nos devuelvan el brillo en nuestros ojos, hechizos y conjuros luminosos que nos enseñen a existir de nuevas formas, caricias placenteras del cuerpo con otros cuerpos, incluidos los de nuestras ancestras.

Imaginamos comunidades sensibles y complejas, sintonizadas con cada ser y sus entornos, humanos y más que humanos, y las pedagogías que vamos explorando nos permiten jugar a crearlas, a abrir espacio en el mundo para ellas y sus seres múltiples. Buscamos pedagogías corporizadas que trasciendan a los individuos sin descuidarlos, que nos tejan en redes, en historias que nos anclen y se siembren en nosotras para no permitirnos olvidar. Respiramos y sentimos la militancia de estar vivas,

la pedagogía sutil de la vida latiendo en nosotras que nos recuerda de la belleza del mundo aún en medio del horror.

Escrito a dos cuerpos durante el paro nacional del Ecuador en 2025 y afectadas por las historias contadas por nuestras amigas, hermanas, madres y abuelas, y por Suely Rolnik, Gloria Anzaldúa, Rita Segato, Mikaelah Drullard, Robin Wall Kimmerer, Sara Ahmed, Donna Haraway, Annemarie Mol, Vinciane Despret, Silvia Citro, Erin Manning, Silvia Rivera Cusicanqui, Aissetou Kajake y Audre Lorde.